LUCES AMARILLAS

Ama Jiménez Jiménez

Image not found.

Capítulo 1

LUCES AMARILLAS

Lya lo sintió desde el mismo momento en que giró la llave para abrir la puerta de casa. Algo no iba bien. No en un sentido básico, de allanamientos, robos y forcejeos; no era eso, aunque fuese difícil explicar qué era. Pero lo sabía, lo notaba, dudaba en cada paso que daba, pero una fuerza extraña la invitaba a pasar y descubrir aquello que en su casa hubiese.

El instinto más primario de una joven de 16 años la llevó a encender todas las luces, pensando que lo que fuese que allí moraba se esfumaría como si de una ráfaga de viento se tratase. Pero aun comprobando que todo parecía estar donde debiera, no desaparecía en ella la extraña e intensa sensación de que se encontraba en peligro. Tan fuerte era el pensamiento que la llevaba a temblar. Un temblor ya común en su cuerpo ante ataques de nervios, pero que jamás antes había experimentado a causa del miedo.

La siguiente estúpida decisión sería la de coger un cuchillo. Sí, Lya era una gran amante de las películas de terror y de todo el drama que las envolvía y, ¡qué absurdo! Si hubiese sido un sanguinario asesino podría llevar un arma con la que fulminarla en cuestión de segundos y, si hubiese sido una especie de alma maligna no creo que hubiese podido atravesarla y espantarla con un simple cuchillo de sierra que a veces ni era capaz de cortar el pan.

Invadida, poseída o dominada. Quizás no sea suficiente para expresar lo que esa chiquilla sufría, pero, allí seguía con su temblor, examinando una por una cada habitación de la que se componía la casa. El procedimiento era sencillo: acercaba la mano hacía el interruptor de la luz, permaneciendo siempre con el cuerpo fuera de la habitación, a la que solo entraba una vez se encendían aquellas bombillas y su luz amarillenta le permitía ver con claridad que aquello no era más que una simple sensación.

Miraba debajo de las camas y dentro de los armarios, cada rincón de las habitaciones parecía un increíble escondite, pero, ¿para qué?, ¿qué demonios estaba buscando? Ni siquiera había escuchado un ruido extraño ni había visto una luz que no debiera estar encendida. Simplemente había sentido que algo iba mal al terminar de girar la llave que abría la puerta de casa. ¿Por qué hacer caso a aquel pensamiento hasta el punto que lo estaba haciendo? Ni siquiera ella lo entendía, pero estaba incomprensiblemente asustada y ese terror que le invadió al poner aquella noche un pie en su casa era el que la empujaba a examinar cada rincón de su hogar, antes de poder sentarse en el sofá hasta que sus padres

volviesen del trabajo a las 10 y se sentasen a cenar como cada noche de la semana.

Seguía meticulosamente su plan diseñado, absorta en sus pensamientos no fue consciente de que había entrado en la habitación de sus padres sin encender la luz. Fueron segundos, los segundos más extraños que sucederían en su vida. Imposibles de borrar años después. Allí estaba petrificada, siendo consciente a partes iguales de que se encontraba sumida en la más absoluta oscuridad y de que allí había alguien, de pie junto a ella, junto a su cuerpo que no respondía. Notó como se giraba hacia ella a la vez que acercaba su cara para simplemente arrojar su aliento contra sus mejillas. Su vello se erizó violentamente.

Un único grito pudo escucharse y simplemente corrió hacia fuera de la casa, tiró el cuchillo, era inútil,-como ella supuso desde el principio de esta historia- esa cosa había demostrado no tenerle ninguna clase de miedo y por lo que ella se trataba eso lo convertía en prácticamente indestructible.

Salió de la casa con un temblor tal que perdió parte del poder que cada persona detenta sobre su propio cuerpo, hasta tal punto que la llave cayó tan solo un metro hacía dentro de pasillo en que comenzaba la casa pero, si algo tenía claro es que no pensaba volver a poner un pie dentro de aquel lugar al que ahora era incapaz de percibir como su hogar.

Cerró la puerta y simplemente corrió. Su casa quedaba un tanto aislada de las restantes del pueblo, así que de camino pensó en quién acudir. Tenía un pequeño grupo de familiares al que sin duda podía pedir auxilio, pero de repente cayó en la cuenta, ¡la maldita llave! Eso la hizo decantarse directamente por su tío Blas, el hermano de su madre si mal no recordaba tenía una llave de su casa. Al llegar a casa de su tío fue incapaz de contar aquello todo lo que pensaba que había visto, o más bien sentido. Era una historia fantástica de esas de la que ella misma se hubiese reído. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué pensaba que había en su casa? En lo más interno de su ser sabía que allí no había una persona. Sencillamente no encajaba. Pero, también sabía que era incapaz de verbalizar aquello que pensaba así que se limitó a contar lo que cualquier adulto cabal querría escuchar.

Pensaba que había alguien en su casa, sin más. Había oído un golpe y salido corriendo de allí en busca de auxilio. Evidentemente, sus palabras causaron el efecto esperado y su tío se dispuso a acompañarla a su casa y asegurar que allí, por lo menos ya, no hubiese nadie.

Entraron a la casa y, al cerrar la puerta fue extraño para Lya, esa especie de neblina extraña que invadía su casa la primera vez ahora ya había desaparecido. Lo achacó a la seguridad que le aportaba estar allí dentro

con otra persona.

Examinaron cada palmo de la casa juntos, allí donde iba Blas iba también Lya, sin separarse, con las luces todas las habitaciones encendidas, los faldones de las colchas de las camas subidas, asegurando que en caso de que allí hubiese algo no le quedase ni un rincón donde esconderse.

Ya que hubieron terminado la búsqueda sin obtener resultado alguno y con Lya invadida por una repentina seguridad que la hacía hasta dudar de lo que allí mismo antes había ocurrido, cayeron en la cuenta de que no habían revisado el sótano. Ese gigante y angosto sótano todavía sin finalizar de construir, ¿cómo lo había podido pasar por alto? Ese lugar que cuando anochecía le costaba tanto visitar y es que en su imaginación era el escenario perfecto en que se escondería cualquier criminal que quisiera matarla o torturarla. Historias que sin saber muy bien por qué atravesaban la mente de Lya prácticamente desde que tenía uso de razón. Aunque puede que la explicación fuese sencilla, adoraba sentir miedo. Desde pequeña necesitaba ver películas de terror y no porque fuese extraordinariamente valiente o porque no creyese en cuentos de terror. Lya sentía miedo, pero a decir verdad encontraba una extraña tranquilidad dentro del miedo que le producía ver aquellas macabras historias.

Bajaron una vez más juntos al sótano, ella siempre detrás de él, vigilando sus espaldas para que no se escapase ni la más pequeña de las sombras. Al llegar allí, nada. Las más absoluta nada. Todo estaba como siempre, los coches, el material de trabajo de papá, aquel viejo sofá vacío roído por algún perro que tuvieron hace años. Y todo acabó. Lya se sentía tremendamente estúpida por aquella disparatada idea que había atravesado su mente. Esa que ahora parecía tan alejada y hasta infundada –aunque sí que tenía claro que aquella exhalación había sido real, al menos en su mente-. Subieron las escaleras de vuelta a la planta principal riendo y relajados, completamente ajenos al motivo que 2 minutos antes les había hecho bajar esas mismas escaleras. En esa casa no había nada ni nadie.

Entraron a la cocina y pasada esta, allí se encontraban, frente a la puerta. El pulso de Lya se disparó, el temblor volvió y el vello se erizó por última vez aquella noche, la puerta de la calle –aquella puerta de madera maciza y en ocasiones hasta pesada- estaba abierta de par en par.

El tío Blas sonriendo le preguntó: - ¿te has dejado la puerta abierta? En ese momento lo comprendió. No le perseguía ninguna sombra porque ya se había marchado.

Su cuerpo se relajó: - Quizás, tío Blas - respondió devolviéndole, al fin

aquella noche, una serena sonrisa.